

Por el Profesor de Derecho Político y Administrativo de la Universidad Central, —

✓ Sr. Dr. Dn. Pío Jaramillo Alvarado. —

Montalvo, Político —

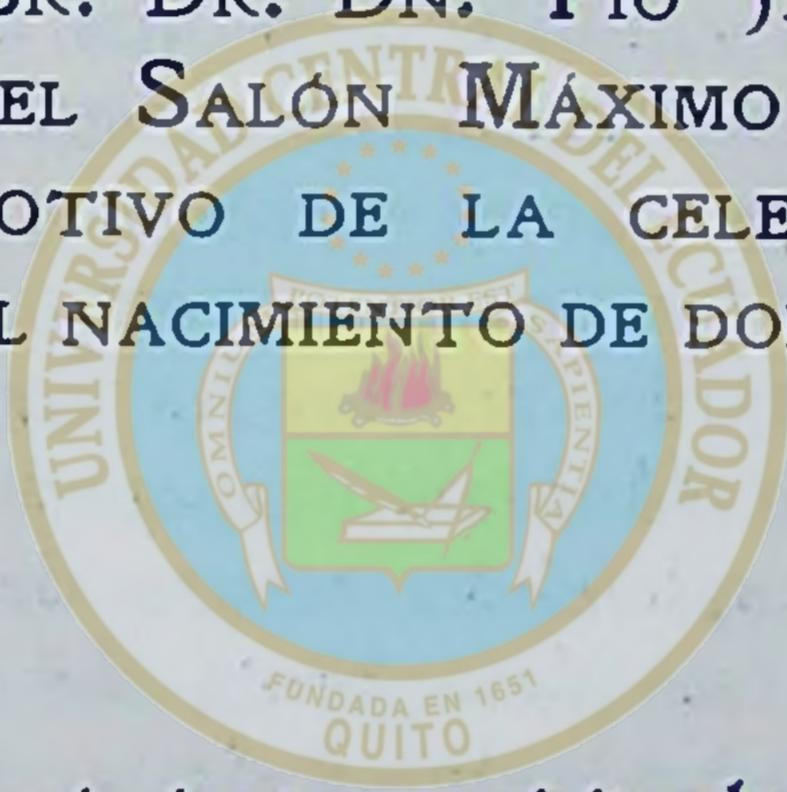


ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

MONTALVO, POLITICO

DISCURSO DEL SR. DR. DN. PÍO JARAMILLO ALVARADO,
PRONUNCIADO EN EL SALÓN MÁXIMO DE LA UNIVERSIDAD
CENTRAL, CON MOTIVO DE LA CELEBRACIÓN DEL PRIMER
CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE DON JUAN MONTALVO

SEÑORES:



Por un convencimiento espiritual habría rendido mi tributo de admiración al insigne Don Juan Montalvo en el retiro de mi estudio, abismándome en la meditación de la obra del escritor incomparable; mas, honrado por la Universidad con el encargo de rendir en su nombre el homenaje al gran Maestro de juventudes, en esta hora social consagrada a conmemorar el primer centenario de su nacimiento, vengo a deciros algo acerca de Montalvo político, dejando a expertos ingenios el estudio de las otras fases de su talento múltiple, señaladamente las que se refieren al estilista impecable, al clásico de un siglo de oro del que es Montalvo el creador y la cumbre solitaria del acervo literario de la América hispánica, que no solamente de su solar patrio.

Inclinándome respetuoso ante la grandeza del maestro del habla española, rindiendo mi admiración al erudito, y presentando mis armas al gran batallador por el imperio de las libertades públicas, quiero unir mis comentarios al de

los que han estudiado en la obra de Montalvo su ideología política, su influencia en los avatares de nuestra historia, en fin, quiero dilucidar qué nos dice Montalvo —porque aún vive— como hombre de acción política.

I

Cuando a Don Juan Valera se le pidió un prólogo para la «Geometría Moral», publicación póstuma de Montalvo, expuso, a guisa de dificultad para expresar su juicio, que: «Acaso no haya en Juan Montalvo, o acaso sea yo, decía, quien no acierte a verlo, una filosofía fundamental y primera que sirva de base y cimiento y que concierte sistemáticamente sus ideas todas. Acaso su espíritu más apasionado y vehemente que reposado y sereno, y más analítico y escéptico que generalizador, no se preste a formar una construcción sintética de todo cuanto ha aprendido; pero no se puede negar que Juan Montalvo aprendió cuanto había que aprender, y que el espléndido tesoro de ciencia y de experiencia acumulado en su alma brota de ella resplandeciente, con los vivos y variados colores de su imaginación, y corre y se precipita más como impetuoso torrente que como manso y caudaloso río».

Quiere significar con ésto el Sr. Valera que la obra de Montalvo carece de un nexo filosófico que le sirva de base, y de un sistema ideológico que desarrolle su pensamiento fundamental? Pues Montalvo no fué un teórico de la filosofía, sino un filósofo sin escuela anquilosada y dogmática, que interpretó los hechos históricos de la vida nacional, ilustrándolos con el acopio de su erudición inmensa, que agitó con su verbo portentoso su época, para crear, precisamente, un concepto acerca de la vida política, aún sin derroteros en estas tierras de América.

O sin que importe la formulación de un sistema de conocimientos que constituyen un miraje singular de la vida, una filosofía personal para encarar los grandes problemas esenciales, falta en la obra de Montalvo quizá, un contenido ideológico radical del que fluya un nuevo orden de conocimientos, una

nueva luz en el derrotero, para orientar firmemente una época, y para *crear* —esta es la palabra—, un pensamiento construtor en el que pueda afianzarse una nacionalidad?

A este propósito tiene Rodó, en su insuperable estudio sobre Montalvo, esta afirmación: «Si la grandeza y personalidad del escritor se levanta así sobre toda salvedad, hay más lugar a reservas y distingos cuando se le juzga en la condición de pensador. ¿Fué pensador Montalvo? Para llenar cabalmente el concepto faltóle, sin duda, no sólo la superior serenidad que pone su atalaya por encima del tumulto y clamor de las pasiones, sino también la condición más esencial, de interesarse en las ideas por sí mismas, y no principalmente como tema oratorio o como arena de una justa; faltóle aquel pertináz afán con que se entra por las reconditeces de una idea, hasta iluminar lo más extrañado y secreto con que se le apura y expíme hasta verla soltar su más espesa sustancia. Pero no sería lícito concluir de aquí que toda la obra de Montalvo sea la maravilla plástica y formal de su prosa. ¿Qué hay, entonces, en Montalvo, además del incomparable prosista? Hay el esgrimidor de ideas; hay aquella suerte de pensador fragmentario y militante a que aplicamos el nombre de *luchador*. Y encarado bajo esta faz, el valor ideológico de su obra iguala, o se aproxima, al que ella tiene en relación de puro arte.—No se representa bien a Montalvo quien no le imagine en la actitud de pelear, y siempre por causa generosa y flaca. Alma quijotesca, si las hubo; alma traspasada por la devoradora vocación de enderezar entuertos, desfacer agravios y limpiar el mundo de malandrines y follones. Tocando a esta condición, ponemos la mano en el fondo del carácter; en el rasgo maestro y significativo que, consertándose con aquel otro, no menos esencial, de la pasión del decir hermoso y pulcro, diseñan, como el perfil de una medalla, el relieve de la personalidad».

Hasta aquí, Rodó.

La investigación del género de escritor a que perteneció Montalvo es tanto más necesaria, pues que ejerció y sigue ejerciendo una inmensa influencia en la literatura política del país, y solamente, cuando se pueda fijar el contenido ideológico de la literatura de Montalvo, se podrá apreciar también la intensidad de su espíritu de luchador, la eficiencia de su pensamiento constructivo, la responsabilidad de sus errores o sus aciertos como político, y sobre todo, como político de acción.

Y no se alarmen prematuramente quienes juzguen un atrevimiento discutir siquiera los quilates de la obra de Montalvo, ya que es posible anticiparles que sin embargo de las fallas que pueda tener, como obra humana al fin, son tantas y tan excelsas las fasetas de la joya literaria de Montalvo, que eliminando al filósofo, que no pretendió serlo, queda el acervo del escritor político, «el pensador fragmentario y militante a que aplicamos el nombre de luchador», y sobre todo el inimitable prosista, el cincelador del idioma, que, como los monjes del Renacimiento, labró las filigranas de su propio cáliz en la serenidad del retiro, para luego brindarnos en él, el vino generoso de su estilo arcaico.



¿Cuáles son las ideas políticas fundamentales que vertió Montalvo en su literatura, en consonancia con el ambiente de su época?

Decir que la ideología montalvina fué la que se deriva del liberalismo del Siglo XVIII, procedente de la Revolución Francesa, creadora de todo un ciclo de defensa de un individualismo férreo sería condensar en la simplicidad de una afirmación, el contenido complejo de una época histórico-política, plena de realizaciones, pero también no exenta de fracasos.

Sería mejor que en el paralelismo de los hechos históricos nacionales cotejados con la agitación ideológica del apostolado libertario, observemos si el ambiente político de la época de Montalvo tenía ya todo el calor de humanidad indispensable para que las ideas liberales germinen, o si el ambiente era aún refractario, y por lo mismo desigual el éxito del sembrador. ¿Fué la voz de Montalvo un clamor en el desierto, o imprimió una corriente espiritual engendradora de profundos hechos históricos? Fué un revolucionario en el significado esencial de esta palabra, o un soñador, quizá un gran iluso político, que destruyó sin querer lo que precisamente trataba de conquistar y organizar?

Prescindimos de la discusión un tanto retórica, que averigua si la Revolución creadora de la Independencia norteamerican-

ricana, primeramente; de la Declaración de los Derechos del Hombre, después; y por estas dos influencias, de la independencia de las colonias de España en América, tuvo su germen en ésta o en aquélla latitud geográfica, pues que sin la filosofía de los enciclopedistas, creadora del individualismo, o sea, de la ideología liberal, la Revolución no habría sido posible en el tiempo ni en el espacio, ni en Francia ni en otro país, y es preciso aceptar entonces el hecho histórico, —el triunfo de los ideales liberales en América— al finalizar la guerra de la independencia, como una realidad política.

Pero la misma guerra de la independencia, compleja en sus motivos y desigual en sus resultados prácticos, planteó al finalizar, las más graves cuestiones a la consideración de Bolívar y de los otros creadores de estas nacionalidades.

Planteó ante todo una confusión ideológica desconcertante en la adopción de la forma de gobierno: ¿monarquía o república?, lo que significa que el individualismo liberal tenía que enfrentarse aún en estos países con el regalismo de la clase aristocrática prevaleciente, sin embargo de los triunfos resonantes de Bolívar, criollo aristócrata y dueño de un rico patrimonio territorial, al que en primer término, la clase amenazada por la implantación de las reformas democráticas, le ofreció una corona de rey. Bolívar triunfante de la tutela española, triunfó doblemente cuando desechó hasta la sombra de un dominio de clase aristocrática, organizada en sistema de gobernación imperial.

Y si Bolívar pudo preconizar e implantar la república, como el tipo de gobierno que convenía a los pueblos independizados por su espada, se encontró frente a una interrogación mucho más grave que la de los que le tentaron con una corona. Bolívar pudo improvisar generales para la guerra, pero, ¿cómo improvisar lo que no es improvisable, los políticos, los estadistas para gobernar? Esta fué la gran tragedia de la creación bolivariana. Y sucedió lo que tenía que suceder, los generales triunfadores se repartieron el botín de guerra, y las nacionalidades fueron sojuzgadas por una nueva clase dominante, la clase militar.

Mas, como si no fuese suficiente la existencia de dos clases sociales poderosas, el *godismo*, llamada así la aristocracia criolla latifundista, y, el *militarismo prócer* omnipotente, prevaleció con fuerza incontrastable el *clero*, eterno aliado de todos los despotismos, y con la amalgama de estas tres cas-

tas, se organizó la oligarquía gobernante, que por otra parte aceptaba en principio, pero nada más que en principio, los postulados libertarios de la Revolución Francesa, creadora y amparadora en definitiva de la burguesía, la poderosa clase social, que en tres siglos mantiene en sus manos y a su arbitrio la economía del mundo, base precisa de la política, o sea del arte y la ciencia de gobernar. Solamente que la burguesía es la creadora de un sistema de gobierno amparador exclusivo de sus provechos en el poder y fuera de él. La complicidad del clero con la clase gobernante, hizo de la cuestión religiosa un antifaz —y sigue siéndolo— para defender los intereses de la clase gobernante, ligada, lo repito, a la clase sacerdotal también gobernante.

Frente a estas castas preponderantes en el gobierno de los pueblos, se ha desarrollado el programa mínimo de la élite liberal, con suerte variadísima y pintoresca.

Y así es como el General Juan José Flores, prócer de la Independencia, afirmó su personalidad política entroncando con la aristocracia criolla, y tras la búsqueda inescrupulosa de riqueza, concluyó por apoderarse de la antigua Presidencia de Quito, desmembrándola de Colombia la Grande, el sueño republicano y generoso de Bolívar.

Montalvo nació en 1832, es decir en los albores de la fundación de la República, y cuando en 1857 hace su primera aparición como escritor, colaborando en «La Democracia», periódico de la Presidencia del General Urbina, ya la historia del Ecuador la había hecho el floreanismo rapaz y exótico; el Presidente Rocafuerte que llegó al Poder por sobre la sangre de Miñarica, había logrado reivindicar su crédito político con sus actos acertados de estadista; el marcismo había asomado en el horizonte patrio como una epifanía nacionalista con Roca, para eclipsarse pronto con Noboa, ennegrecerse con Urbina y desaparecer en el turbión de la anarquía con Robles. En este momento histórico, y cuando surge del caos la figura genial y despótica de García Moreno, regresa de Europa don Juan Montalvo, y al ser testigo presencial del acto último de ese sainete canallezco del General Guillermo Franco, consumador del Tratado de Mapasingue, viciado de traición y dolo, Montalvo dispara al campamento vencedor garciano la primera flecha con su nombre, y queda así desde ese instante iniciado el duelo a muerte entre el tribuno de la

democracia y el captador del poder civil, que luego hubo de convertirlo en un poder teocrático.

El ambiente político que encontró Montalvo a su regreso de Europa estaba saturado de militarismo, de clericalismo y de despotismo, en tal extremo, que el país se asfixiaba.

No existieron propiamente partidos políticos hasta la llegada de García Moreno al poder, quien hizo la división profunda con la creación del partido clerical. Floreanos y marcistas eran ante todo católicos. El mismo Rocafuerte y aún el expulsador de los jesuitas, el General Urbina, significaban su liberalismo por un anticlericalismo explicable, por la preponderancia del clero en la vida de la República, pero en el fondo existía el liberalismo-católico, del que no quedó exento ni el mismo don Juan Montalvo.

«Si, juzgado dentro del ambiente social contra el que reaccionó, fué Montalvo un radical y un rebelde, dice Rodó en su estudio citado, nos lo parece mucho menos cuando le consideramos en relación al modo de pensar que, en su propio tiempo, prevalecía allí donde llegaban sin obstáculo las corrientes del mundo. Su programa liberal, más que a difundir ideas que labrasen en las creencias y los sentimientos religiosos, se dirigió a fulminar la realidad viva y concreta de la intolerancia erigida en fuerza política. No fué Montalvo, continúa Rodó en el sentido en que lo fué Bilbao, un revolucionario de las ideas, venido a ^{ÁREA HISTÓRICA} _{DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL} remover en sus mismos fundamentos la conciencia de una generación, franqueando el paso a filosofías de abierta independencia. Montalvo, más que en la doctrina, más que en el dogma, que nunca combatió de frente, se encarnizó en el hecho de la degeneración de la piedad, como sustentáculo de la tiranía y como máscara social de vicios y de bajas pasiones; y no sólo dejó a salvo, en su tradicional integridad, la fe religiosa, sino que, en mucha parte, desenvolvió su propaganda en son de vindicta y desagravio por la pureza de esa fe. Porque, con cierta vaguedad y libre arranque le tuvieron siempre fuera de confesión determinada, y Montalvo era creyente cristiano; nunca ultrapasó los límites de aquel inocente liberalismo que se compadecía, en nuestros padres, con la propia calificación de católico, y sentía con intenso fervor la religiosidad y la moral evangélicas, que en más de una vez fijó en su pluma en rasgos de indeleble unción».

Pasma en verdad la penetración de Rodó en la conciencia histórica de la nacionalidad ecuatoriana, a tal punto, que

su estudio sobre Montalvo, tendrá que ser incorporado entre los documentos más precisos que se invoquen para la formación de juicios certeros. La propaganda del clero contra Montalvo sólo es un índice de la mentalidad político-religiosa del clericalismo intransigente en el Ecuador, y nunca un testimonio de la herejía de Montalvo.

Mas bien podría afirmarse que en la iniciación de la República flotaba un vago sentimiento antireligioso en el núcleo que constituía «El Quiteño Libre». El Coronel Hall, mandado asesinar por Flores, don Pedro Moncayo, y los Generales Matheu, Sáenz, Writht, pertenecían quizá a ese masonismo de la independencia al que también fueran afiliados Bolívar y Sucre; pero aún en esa época, y en la marxista, lo que se puede notar es un profundo anticlericalismo, comprensible en los hombres que aceptaron los postulados de la Revolución Francesa que fué anticlerical, como bases de la moralidad republicana; y sobre todo; porque anticlericalismo era también sinónimo de independencia, pues vencido el poder civil de España en América, quedaba la acción clerical vinculada al godismo criollo, como el fermento de la reacción política antirepublicana en buena parte, y como corrupción innegable de las costumbres familiares. No sólo en las Memorias Secretas de Jorge Juan y Ulloa se documenta estos aspectos, sino que en la Historia General del Ecuador de González Suárez se ha impreso la prueba definitiva del por qué del anticlericalismo de los liberales-católicos, y aún de los más ascendados católicos como García Moreno. De suerte que el anticlericalismo de Montalvo, más que expresión ideológica liberal, es llanamente un sentimiento de reacción espiritual contra las corrupciones de los servidores de la Iglesia.

III

Queda en pie, estudiado el ambiente político en que actuó Montalvo, la interrogación fundamental. ¿Cuáles son las ideas básicas del apostolado de Montalvo?

La defensa del liberalismo, la defensa de los derechos individuales del hombre, y sobre todos los derechos, la defen-

sa de la libertad ciudadana. He aquí una muestra del criterio de la época de Montalvo acerca del liberalismo y de los partidos políticos.

«Parece invención moderna, dice Montalvo en «El Regenerador» esto de llamar liberales a los que impulsan al género humano hacia el progreso representado por el adelanto físico y moral, y conservadores a los que se oponen a él, creídos de que cumplen con lo que manda Dios, o cometiendo por malicia el grave error con el cual tanto perjudican a sus semejantes».

«Tiberio Graco ofreciendo en lo alto del Capitolio la libertad del pueblo, es liberal: los desenviados repartiéndose entre ellos los despojos de Roma, teniendo aside la cadena con que le arrastraran por las oscuras regiones de la servidumbre, son conservadores. Estos necesitan un horrible crimen, crimen sublime, crimen santo de un viejo tribuno, para aflojar esos eslabones. Virginia muere a manos de su padre por la honra y la virtud; y el puñal que abre esas entrañas vírgenes restituye la libertad de su patria. La muchacha Virginia y su santo matador son liberales. Liberal es Lucrecia, liberal Junio Bruto; los Tarquinos son conservadores».

«El malestar de las repúblicas sudamericanas consiste, dice Montalvo, no tanto en sus malas leyes, cuanto en que las buenas no son obedecidas, y en que el Ejecutivo tiene por ellas mismas facultades exorbitantes, y cuando no las tiene se las arroga de mano poderosa. La violación de una ley es un paso hacia la tiranía; y yo no la sufriría sino cuando el primer magistrado pudiese hacer este juramento: Juro que he salvado a la patria. Pero entendámonos; salvar la patria, es salvarla verdaderamente; cosa que la comprendemos bien, si sabemos lo que es la *Patria*. En estas nacioncillas de *partidos* cada cual llama patria a su poder y su provecho: patria es el mando, patria es el sueldo, patria las bayonetas, patria el *partido*. Una fracción de hombres conspira, y con las armas en la mano se lanzan a derrocar al gobierno: van a salvar la patria. El gobierno es más fuerte, extermina a los disidentes: salvó la patria. Los que mandan ya no mandan, los que vivieron de las rentas del Estado, ya no viven de ellas: ¡Pobre Patria! está en ruina la patria. Los que mandan actualmente se engordan como lechoncillos, bien co-

midos y bebidos, bien cuidados por su propio anhelo: la patria va bien ¡qué buena patria!»

.....
¿Montalvo traduce irónicamente en estos párrafos de su prosa castiza, la mentalidad de su tiempo?

Ese liberalismo no es el liberalismo anatematizado en el *Syllabus*, el liberalismo sectario, sino el liberalismo que se define como un lírico amor a la libertad, por amor al progreso!

Y los partidos no representan las fuerzas vivas de la vitalidad del país, capaces de atropellar la tradición, si es un obstáculo para la evolución de las ideas libertarias, o de ir a la revolución para imponerlas; si no el partido de los que están en el poder o de los que lo combaten para captarlo después. Desde luego, ese estado embrionario de los partidos políticos lo confirma la historia.

«Desde 1852, año en que Urbina fué elevado Presidente de la República, no hubo en el Ecuador sino dos partidos políticos: el urbinista o ministerial, y el liberal o oposiciónista, afirma don Antonio Borrero, en su famoso libro «Refutación» al Padre Berthe, y continúa así. Los patriotas, es decir los conservadores de que habla el P. Berthe, no existían en el Ecuador, salvo que demos ese nombre a los floreanos, que, como recién derrotados, no podían tomar cartas en política. García Moreno tampoco era conservador en esa época: él había sido revolucionario y hasta radical bajo el Gobierno de Flores, época en que llamaba fanáticos a los que sostenían que el derecho de Patronato no era inherente a la Nación; furioso oposiciónista y hasta demagogo, bajo el Gobierno de Roca; e infatigable revolucionario, bajo el Gobierno de Urbina. Su nombramiento de Alcalde Municipal de Quito y de Rector de la Universidad, fué obra de los liberales, es decir, de los partidarios de Gómez de la Torre.—En el tiempo de que venimos hablando, servían a Urbina y después sirvieron a Robles, muchos de los que posteriormente, sirvieron a García Moreno y se llamaban conservadores. García Moreno tuvo en su servicio, en los diversos ramos del poder, no sólo a los amigos políticos de Urbina, sino también a sus íntimos y confidentes».

Crear un pensamiento político liberal de una profundidad que arraige en la entraña de la nacionalidad, se propone Montalvo al ironizar con ese estado de cosas que él describe como la política del oportunismo. Cimentar una demo-

cracia sobre la base incommovible de la virtud, significaba su combatir implacable contra los abusos del poder. Fertilizar la agria tierra nada propicia para la cimiente libertaria, quería con la tenacidad de su prédica y el ejemplo de su vida austera.

Si logró concitarse el odio de García Moreno, de Urbina, de Veintimilla, de Borrero; si para fustigar y fulminar la administración de esos Presidentes escribió sus libros inmortales, «El Cosmopolita», «Las Catilinarias», «El Regenerador»; si para herir en lo vivo al clericalismo desató el rayo de su indignación en «Mercurial Eclesiástica», si pudo interesar, agitar y embrabecer la opinión de su tiempo, y todo esto lo hizo en nombre del liberalismo, qué importa que no sea Montalvo el creador de un sistema filosófico, qué importa que su pensamiento político framentario no haya alcanzado la hondura que le señale como ideólogo, pero sí como luchador invencible?

Montalvo fué un precursor del liberalismo genuino. Y es preciso considerar que sí hoy juzga la crítica que su liberalismo fué de ese liberalismo-católico, que tiene en don Pedro Carbo su símbolo, y que supervive hasta la generación del NOVENTA Y CINCO, no hay que olvidar, que así y todo, fué el blanco de la calumnia y de la injuria, y un proscrito de su Patria ¿habría sido posible en esa época la propaganda de un liberalismo sectario, jacobino?

A este propósito, el Dr. Alfredo Baquerizo Moreno en un prólogo a la publicación de un puñado de cartas insustanciales de Montalvo, editadas en Cuenca, nos recuerda: «Pude conocerle (a don Juan Montalvo) a su vuelta de Ipiales. Le vi entrar en la Capital con escogido y corto acompañamiento de sus amigos, sobre un caballo negro de buena estampa, con sombrero alto y blando de paño, cual solía llevarlo en sus frecuentes paseos hacia las afueras de la ciudad y botas de charol con espolines de plata. La figura, la misma que nos es familiar. Y comenzó entonces el ir y venir de una chismografía malévola. Un desagradecido de más de la marca, altanero y soberbio que todo lo veía para abajo, un sujeto de pretensiones y exigencias inauditas. Se hablaba y ponderaba de ciertos regalos devueltos desdeñosamente, de su herejía; de su pluma; de su furor y sus ataques contra la Iglesia, contra García Moreno y los suyos, de modo y forma todo ello, que al rededor de su nombre y su per-

sona había una leyenda que crecía siempre con recelos y temores, una leyenda de vivas y despiertas odiosidades que tenía a dejarlo en uno como aislamiento premeditado».

IV

Y llegamos al punto preciso de la investigación, a la faseta luminosa de la obra de Montalvo, a la contemplación de su carácter de luchador, de agitador de ideas, de sembrador de tempestades.

El ambiente de la época histórica a la que se refiere el Dr. Baquerizo Moreno, con ser en verdad hostil, contenía en plenitud las posibilidades que puede desear un político de acción, para que el verbo se haga carne, para plasmar sobre la tierra fecundada por la idea, una nueva actitud estatal, una organización de gobierno concebida en un programa político que sintetice las aspiraciones de un pueblo en un momento dado. Revisemos rápidamente la acción política sustancial de Montalvo.

Dicen que cuando Montalvo supo en Ipiales el asesinato de García Moreno exclamó solemne: «Mi pluma lo mató». Esta es la leyenda, pero Montalvo en ninguna de sus obras escritas después del 6 de Agosto repite, ni aún en forma velada, mayormente con el desenfado que le es peculiar, su participación intelectual en aquel crimen.

Contrariamente, cuando recuerda a su poderoso adversario, es para reconocer sus méritos y aún para dolerse de su eliminación. Y es que Montalvo no pudo haber desconocido que en la tramoya de aquel drama sangriento, los jóvenes liberales que fueron llevados al escenario, resultaron en el proceso simples marionetas puestos allí para cargar con una complicidad, pues los hilos de la conspiración estaban en las manos de uno de los Ministros de García Moreno que aspiraba al poder, y la inquina de Rayo y el candor tiranícidu de los ilusos jóvenes liberales sólo se utilizó hábil y siniestramente, no para escarmentar una tiranía, como dice en su literatura política Montalvo, sino para escalar el poder, con un crimen inútil. La declaración rotunda sobre la res

ponsabilidad conservadora de ese crimen, la concreta Don Miguel Valverde, en su libro «Anécdotas de mi Vida».

«A boca llena y de mil amores llamaba yo tirano a García Moreno, dice Montalvo en las «Catilinarias»; hay en este adjetivo uno como título: la grandeza de la especie humana, en sombra vaga, comparece entre las maldades y los crímenes del hombre fuerte y desgraciado a quien el mundo da esa denominación». «Hablando de nosotros, achicándonos, descendiendo a la órbita como un arito donde giran nuestros hombres y nuestras cosas, podemos decir que don Gabriel García Moreno fué tirano, continúa Montalvo: inteligencia, audacia, impetu; sus acciones atroces fueron siempre consumadas con admirable franqueza; adoraba al verdugo, pero aborrecía al asesino; su altar era el cadalso, y rendía culto público a sus dioses, que estaban allí danzando, para embelezlo de su alto sacerdote. Ambicioso, muy ambicioso, de mando, poder, predominio; inverecundo salteador de las rentas públicas, codicioso ruín que se apodera de todo sin mirar en nada, nó». — «Ignacio Veintimilia no ha sido ni será jamás tirano: la mengua de su cerebro es tal, que no va gran trecho de él a un bruto. Su corazón no late; se revuelca en un montón de cieno. Sus pasiones son las bajas, las insanas; sus ímpetus, los de la materia corrompida e impulsada por el demonio. El primero soberbia, el segundo avaricia, el tercero lujuria, el cuarto ira, el quinto gula, el sexto envidia, el séptimo pereza: esta es la caparazón de esa carne que se llama Ignacio Veintimilla», concluye Montalvo el panteísta.

Y así es como recordaba Montalvo a García Moreno.

De regreso de Ipiales, consumada la muerte de García Moreno, se afirma que Borrero le ofreció un Ministerio a Montalvo y que él lo rehusó. Pero es lo cierto que su divergencia personal con Borrero, aparte del punto doctrinario sobre la no derogación de la Constitución garciana del Se-
senta y Nueve, la relata así Montalvo en «El Regenerador»: «Ese hombre sin talento ni conciencia (Borrero), sin formalidad ni pundonor se perdió por una bellaquería. Se convino conmigo en nombrar Ministro a don Pedro Carbo. «Con esto se salva Ud. de la revolución, le dije: los liberales tendrán una prenda y los guayaquileños quedarán satisfechos». — «Cree Ud. en revolución?» me dijo como con ironía. — «Estoy seguro de ello», repliqué. Tuvo miedo el Presidente y me

dijo: «Proponga Ud. por la imprenta la combinación, y yo extenderé el nombramiento». Propuse la combinación; él extendió el nombramiento.....en otra persona adversa al Partido Liberal».

Lo que si fué positivo es que sin embargo de ser elegido Diputado por Esmeraldas para la Convención de Ambato que designó a Veintimilla Presidente, no quiso concurrir don Juan Montalvo, ¿por qué?

«¿Qué papel sería el nuestro en la Convención de don José de Urbina?, dice Montalvo en «El Regenerador». Papel triste, miserable: y luego, por recompensa el qué dirán del porvenir: Montalvo se convino con la boca de los cañones.....¿Esto es lo que exigís de nosotros, oh amigos imprudentes? La valerosa provincia que ha llevado a cima su propósito contra los esfuerzos de un gobierno autoritario, merece nuestra estimación y posee nuestra gratitud; de esto a sacrificarnos al verdadero descrédito, confesad que hay alguna diferencia. «Darnos a luz», ¿para qué? Vale más que nadie sepa nuestro nombre: la oscuridad es un mundo feliz donde modestia e insignificancia van hilando los días tranquilos de los que nada son y nada quieren. Aún cuando lo pudiéramos, no ansiáramos por darnos a luz entre vosotros injustos y duros compatriotas: silencio y olvido son coronas sin espinas».

Cuenta Montalvo en «Las Catilinarias» que: «Un viejo llamado José María Urvina, mandó suplicarme un día le hiciese el favor de ir a su casa. Los años tienen facultades que los hombres de buena crianza no ponen en duda.—«Juan, me dijo el vejarro consabido, el Capitán de Fragata, la fragata aquella de puntas, Juan, es preciso que lo arreglemos todo: quiero estar acorde con Ud. Veintimilla necesita la cooperación de buenos liberales».—«Mi cooperación a un traidor que, hecho apenas el pronunciamiento liberal, corre a ponerlo en manos de los jesuitas?, contesté subiéndomele a las barbas; un cobarde que va a solicitar amparo y certificados favorables a los obispos, porque se imagina que sin ellos nadie puede salir bien? Ud. mismo, Ud. me ha referido poco há los términos que oyó de sus labios: «General, no tenga Ud. cuidado, los jesuitas están conmigo».—¿Y solicita Ud. mi cooperación para un embustero inepto como ése, que no sabe lo que hace?—«Eso es así, replicó el viejo mansamente; a mí, a mí me dijo lo de los jesuitas; me lo dijo».—«Mi cooperación a un infame cuyo primer acto administrativo es defraudar a la República en más de

cincuenta mil pesos?». — «¿De qué modo?», preguntó el viejo. — «Haciendo traer de New York mil fusiles de pacotilla, dije, por ciento veinte mil pesos. La ineptitud, quizá hubiese tolerado yo a ese picaro; su prurito por las cosas ilícitas, ¡nó! Yo no soy de la liga, ni mi revolución ha sido ésta. Hoy mismo sale a luz un escrito mío, cuyo fin es poner a un lado a ese perverso». — «¡Eso no puede ser!, gritó el vejezuelo esforzándose, pálido y trémulo ahora: «Veintimilla está ahora limpio como una patena»; «limpio como Ud.», dije para mí, y salí todo inflamado. Al día siguiente iba yo navegando por el Océano Pacífico al más horroroso de mis destierros».

En la oposición contra García Moreano, en la oposición contra Borrero, en la oposición contra Veintimilla, sus libros «El Cosmopolita», «El Regenerador» y «Las Catilinarias», son un modelo de elocuencia tribunicia, restalla en ellos la invectiva con resplandores de incendio. Justo en sus recriminaciones casi siempre, celoso de la verdad en todo instante, más por esta su permanente oposición, le acusaron sus compatriotas. Y Montalvo respondió: «El cargo que los habladores sin reflexión me hacen de continuó es, que combatí a todos los gobiernos; pero en verdad no he combatido sino a uno toda la vida, este es el de García Moreno encarnado en todos los malos gobernantes que han tenido el poder en la mano, ya en vida, ya en muerte de ese hombre singular. Si desde que estoy combatiendo al Gobierno ha variado el Régimen político un instante siquiera; si habiendo yo conseguido plantear las doctrinas que profeso he hecho oposición a un gobierno amigo, por veleidad e inconsecuencia, sería un cargo decir que combatí a todos los gobiernos; pero si estoy persiguiendo el mismo fin de revolución en revolución, sin desviarme un punto de mis principios y mis planes, ¿cómo no he de combatir a los que nos hacen traición, como Borrero, y llevan adelante el despotismo y la tiranía de García Moreno?».

Habla Montalvo de sus principios y su planes políticos. Naturalmente de sus principios liberales y de que llegue el Liberalismo al poder para implantarlos.

¿O es que maduraba Montalvo el plan de ser Presidente de la República? No conozco ningún documento que confirme esta sospecha ya formulada. Ha sido una convicción nacional el desinterés político absoluto de Montalvo.

Es verdad que en «El Regenerador» reproduce Montalvo esta parte de una publicación hecha en Colombia: «Don Jua-

Montalvo dice, a quien le va a reventar la hiel, sino es Presidente, botando a Veintimilia»; pero Montalvo juzga a línea seguida que esta afirmación contiene un «insulto inmerecido». Y más adelante dice: «Si conviniera yo en echar tierra a mis antecedentes, volverle la espalda a esa deidad hermosa, mi patrona, que llamo libertad, y dejar la causa de los pueblos *por la de las personas*, fuera, ciertamente, hompre de juicio; pero de juicio negro, corrompido. Déjenme mi locura; locura antigua, habitual, conocida: naci con ella, con ella he de morir. Yo no lo quiero todo para mí, nada para los demás: soy loco. Yo pienso que cuarteles son para soldados, colegios para estudiantes: soy loco. Quiero escuelas para niños, planteles de educación para los jóvenes, universidades para los doctores: soy loco. Trabajo para la reparación de las virtudes, persigo los vicios, me estrello contra los crímenes: soy loco. Vierto lágrimas para las miserias humanas, las ridiculeces de los hombres me causan risa, sus necedades me enfadan, sus maldades me enfurecen: soy loco. Anhelo por la paz y el orden en medio de las luces, la paz y el orden en medio de la tempestad; soy loco. *Mi gobierno*, el gobierno de mis simpatías, es el ilustrado, el justo, el digno, el protector, el paternal: soy loco».

¿Es éste, acaso, un programa de gobierno de Montalvo?

A mayor abundamiento. Si Montalvo hubiese sido un ambicioso del poder, y a ese fin encaminara sus energías de luchador, la ocasión se le presentó propicia, cuando en 1877 le escribió desde el Carchi don Nicanor Arellano Hierro, comunicándole el ofrecimiento que le hacía el Coronel colombiano Apolinario Mutis, de derrivar al Gobierno, para implantar en él al verdadero liberalismo.—«Digale, respondió Montalvo, que el último lugar entre los ecuatorianos me convendría más que el primero, si éste lo había yo de deber a armas extranjeras; que no solamente toleraré a Veintemilla, si fuere necesario, sino también consentiría en la resurrección de García Moreno, si fuese posible, antes que hacer traición a mi patria». («El Regenerador»).

Finalmente, cuando la guerra civil llamada de la Restauración, Montalvo se hallaba en Europa, y como la acción del liberalismo acaudillada por Alfaro fuera prepotente y capaz de imponer un gobierno liberal, derrocado que fuera Veintemilla, los admiradores de Montalvo le llamaban con insistencia, a fin de que asumiera la dirección política del

movimiento liberal. Y Montalvo contestó, «Ojalá llegara yo a tiempo para coger allí al malhechor: la horca quedaría de ejemplo para malvados de ese linaje. Mucho temo que Alfaro se deje influir por su corazón de madre. Yo me embarcaré el 2 de junio, si en este mes llega la letra». (Isaac J. Barrera.—«Epistolario de Montalvo».—Quito, 1927).

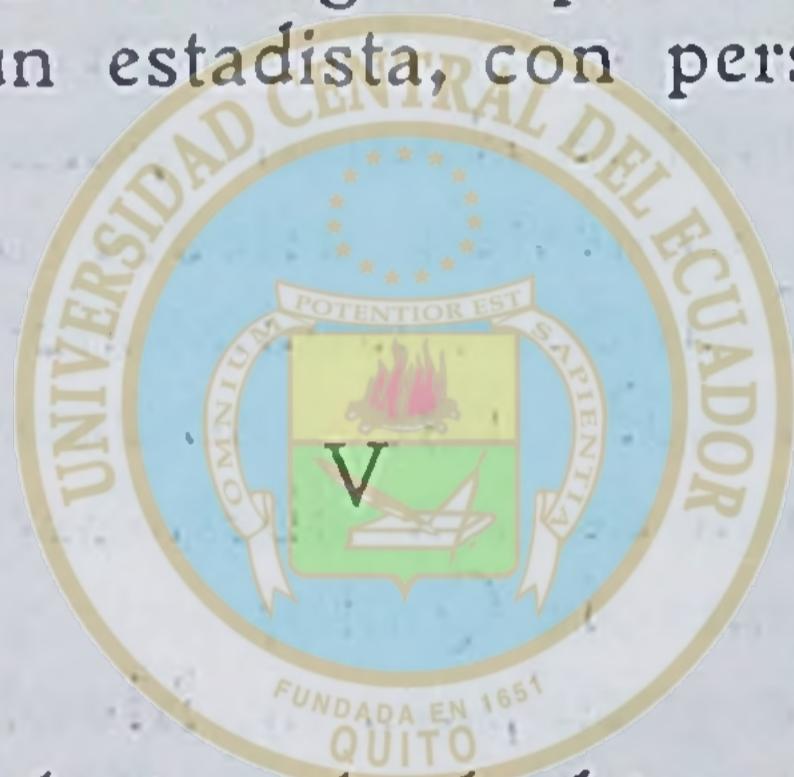
Y como se le comunicara la preponderancia conservadora después de la derrota de Veintemilla en Guayaquil, escribió: «Yo nunca dudé del resultado que ha tenido la revolución. A Eloy le sobran las virtudes del soldado y el héroe, pero le faltan los defectos del hombre de Estado, el político; defectos sin los cuales no hay triunfo para las buenas causas ni los hombres de virtud; defectos que son las grandes y nobles prendas de las naciones que caen en manos de los hombres bien intencionados, cuando la providencia quiere sacarlos en paz y a salvo. A nuestro don Pedro (Carbo) le propondremos al Pontífice Romano para su canonización; pero, por Dios, no le molesten ustedes otra vez encargándole una revolución. ¿Cuándo, cuándo saldremos de ese caos sin el impetu y la temeridad? Ese «no conviene» de los sesudos será la perpetua ruina de los liberales. (Carta publicada en la Revista «Entelequia» de Quito).

Pero como se le inculpara a Montalvo que por su prescindencia de la política activa se perdió la gran ocasión de que el liberalismo asuma el poder, después de la derrota de Veintimilla, ya iracundo contestó: «Alfaro me escribía, me comunicaba todo, pero en nada estaba de acuerdo conmigo: no se equivoquen Uds. Un sesudo cualquiera les conviene más que yo; y, como Ud. sabrá, Javier (Salazar) fué quien le dictó la política que siguió en Guayaquil. Digo que Javier hizo nombrar a don Pedro Rancio, Jefe Supremo; y que esto fué lo que todo lo echó a perder. Hallándome yo presente, no dudo que Alfaro se hubiera dejado guiar por mí; pero lejos de hacerme invitación ninguna, eché de ver que por allá no deseaban sino mi ausencia. El motivo que alegaba Alfaro para esto era muy noble y patriótico: decía que quería que yo no fuese responsable de los horrores que iban a suceder, para que los ecuatorianos tengan uno a quien volver los ojos. ¿Qué pude yo haber hecho? Patriotismo me sobraba; pero no podía yo ofrecerme como hombre necesario, cuando los de allá no pensaban así. Todo cargo que me hagan Uds. a este respecto será injusto. Alfaro se equivocó solamente cuando

pensó que la guerra y la política son una misma cosa. El es un héroe; pero está lejos de ser un hombre de Estado. Cuantas veces caiga en manos de los sesudos, o digamos más bien, cuantas veces se ponga en esas manos, saldrá mal. En vez de hacerme a mí esos cargos, ¿por qué no los hacen ustedes a él? A él y a los de Guayaquil deben Uds. escribirles. Embelezados en su don Pedro Rancio, y encantados con él, éstos jamás verán el hombre que necesitan. Supo Ud. que el viejo funesto le negó toda cooperación a Alfaro?». («Epistolario» citado).

Sin embargo su concepto sobre Alfaro lo rectifica cuando en cartas posteriores reclama para Alfaro, los votos liberales de la Asamblea, cuando se eligió a Caamaño, Presidente de la República.

Y el tiempo se ha encargado por su parte de decírnos que Alfaro fué todo un estadista, con personalidad propia en la historia.



Con estos antecedentes de la historia y la crítica documentados, ya es posible fijar con exactitud la personalidad política de Montalvo y apreciar su obra con justicia.

Montalvo fué un revolucionario que incendió la atmósfera política de su tiempo con los relámpagos de sus admoniciones, y creó la posibilidad de un partido liberal, aunque sea con el reato de un catolicismo circunstancial, más formulista que ortodoxo.

De la nebulosa libertaria engendrada por el enciclopedismo, del anticlericalismo resultante de un afán de independencia que trascendió de lo político a lo religioso, se formó un libre pensamiento que interrogó sin temor a la propia conciencia esclavizada, y luego a la conciencia social y política subyugada por el gamonalismo, el clericalismo y el militarismo, la trilogía que aún conspira por la captación permanente del poder, en la invocación de privilegios, felizmente vulnerados ya por la revolución social en marcha. Sin la base del liberalismo como garantía de los hechos individuales, imposible el paso adelante en las reivindicaciones sociales de los pueblos.

El plan político de Montalvo se concretó hacia una aspiración única: la hegemonía del liberalismo en el poder, y por eso su enojo olímpico contra Urbina, contra Veintemilla, contra Borrero, defraudadores de las esperanzas de un partido que ansiaba por la llegada de su caudillo auténtico.

Y la gran pasión por la libertad, esencia sutil que vivificó ese liberalismo místico de Pedro Carbo, el inmaculado, y el liberalismo anticlerical de Montalvo, creó la irreconciliación con García Moreno, reencarnación de un inquisidor imposible en un siglo creador de las democracias libertarias.

Por eso su desdén absoluto por lo que significaba una prebenda o el ejercicio de una función rutinaria de la administración; por eso su cuidado nimio para no limar las aristas de su armadura de luchador en las resistencias innevitable que trae consigo el ejercicio del Poder. Prefirió el aislamiento, sacrificó su ambición natural de hombre, para salvar su prestigio de escritor, la pureza de su apostolado.

De acceder Montalvo al querer de sus admiradores, habríamos registrado un ministro entre tantos de la burocracia estatal o colgado de un clavo una efígie presidencial más en los salones del Congreso, pero empañando la gloria de un luchador con la calumnia de los albañales en los que gruñe y se revuelca el oportunismo; o habríamos empujado al fracaso a un idealista que no acertó a exponer un sistema de reconstrucción política nacional o un plan concreto de reformas libertarias. No tendríamos a quien volver los ojos, sin temor de que la calumnia nos detenga en las justificaciones previas de los que han ejercido el poder.

En la época y en la hora en que apareció Montalvo en el escenario político se necesitaba urgentemente un agitador, una voz resonante que grite libertad, cuando la conciencia nacional se entorpecía en la servidumbre de un feudalismo más denso que el de hoy. Solamente que entonces como ahora, los pueblos se negaron a oír la verdad de su profeta.

«Se ha preguntado a alguien, dice don Miguel de Unamuno, en su prólogo a la última edición de «Las Catilinarias», qué es lo que habría podido hacer Montalvo a haber podido vivir sosegado en un Ecuador de libertad civil y de paz y de justicia?».

Habría podido ser el creador, respondemos, de un sistema filosófico, habría podido quintaesenciar en la alquimia formidable de su inteligencia un idearium sobre la política tropi-

cal, habría podido escribir ese libro «El Indio», con el que se proponía hacer llorar a la humanidad.

Mas su obra ingente de casticista, sus panfletos formidables en defensa de las libertades públicas, sus ensayos eruditos sobre temas variados, fueron escritos sobre un tambor de guerra o en el abandono de sus destierros, privado de los elementos de juicio, para ahondar en sistemas y pensamientos trascendentales.

Sin embargo, en la obra literaria de Montalvo palpitan los anhelos de un pueblo que aún sigue sufriendo y luchando por concluir con las servidumbres que le oprimen; y aunque la ideología libertaria de Montalvo ha envejecido un tanto, siguen siendo sus libros los inspiradores de la rebelión contra el despotismo, y son para la juventud la base para audaces avances en la investigación de las teorías libertarias.

Mas hay que fijar profundamente la atención en algo sustancial de las declaraciones de Montalvo, en el porqué de esa eterna lucha frente a todos los despotismos, y en que ha consistido el fracaso de todas las revoluciones, con excepción de dos propiamente dichas, la Marcista y la del Noventa Cinco.

No he combatido sino un solo gobierno, al de García Moreno, reproducido en los malos gobernantes liberales o conservadores, anteriores a posteriores a este tirano, dice Montalvo; y agrega que de revolución en revolución perseguía sin desviarse un punto, el triunfo de sus principios y el de sus planes políticos que consolidarán el imperio de su diosa, de su patrona Libertad, en la República, con el resultado positivo de que su programa político romántico de buen gobierno, derrame al fin la felicidad sobre sus compatriotas.

Y en estas declaraciones de actitudes esenciales del tribuno de una democracia ideal, se descubre la carencia de base en toda la arquitectura política de Montalvo.

Olvida Montalvo que para que una revolución plasme con eficiencia, ha de ser revolución espiritual ante todo, derivada de las realidades de la vida social; ha de tomar carne y sustancia del dolor que produce la injusticia social, y ese dolor y esa injusticia se ha de mitigar, no con el simple cambio de decoración política sino transformando profundamente, radicalmente, la economía nacional con la socialización de la producción; y por las normas legales moldeadas sobre la realidad de la propia vida, y no por la lírica invocación de las

ideas universales flotantes en el ambiente de cada época histórica. Por el olvido de estas realidades lo que pudo ser revolución se convirtió perpetuamente en motín.

Asombrado de la esterilidad de su esfuerzo y de la inutilidad del tiranicidio que se ha creído su obra, escribe Montalvo en las «Catilinarias».—«La muerte de García Moreno fué todo un acontecimiento; de su sangre debió haber brotado la libertad, y a su sepulcro debieron haber ido fracasadas sus cadenas. Muere, y el *pueblo libre*, el *pueblo rey*, Guayas heroico, se contenta con pasearse por las calles en pelotones inmensos dando voces sin sentido. ¿No fué ese el caso de la revolución? porqué no la proclamó? El cuerpo del tirano estaba bajo tierra; su alma intacta sobre su trono. El escritor, el agitador, el patriota, el hombre de la idea había hecho su deber; el pueblo no hizo el suyo. Que había de hacer... sobre el cadáver del tirano el pueblo no halló apóstoles ni amigos si no fueron los ministros del tirano o cosa peor. En pueblo como éste ¿qué importaría que hubiese un hombre? «No hay un hombre», están diciendo a cada paso, por ofenderme, pues yo digo que no hay un pueblo en esa comarca».

En este instante de su secunda producción literaria política es cuando Montalvo proclama una verdad trascendente: no hay un pueblo en la nacionalidad ecuatoriana, es decir, no hay una conciencia popular, pues si la hubiera, no se repetiría un espectáculo de la adhesión obrera y campesina a sus explotadores, no se iría el proletariado de levita tras del gamonal, no se confundiría al amo con el gobernante, no se rindiera eterno homenaje a la trilogía en cuyo altar se ha derramado estérilmente tanta sangre, en tanto cuartelazo sin sentido, en el altar del gamonalismo, el clericalismo y el militarismo, ayer como hoy, y hoy como ayer, implacables mantenedores del feudalismo, absolutos dueños del país, con la complicidad de un pueblo que gime en la servidumbre, pero sin espíritu para transformar su situación; que carece de personalidad en la historia, porque se le mantiene sin posibilidades económicas para su liberación y en esto se funda el fracaso de toda revolución y la esterilidad de toda predica libertaria. La conciencia despierta y viril de los pueblos forma su hombre, su gobernante, pues éste no es sino el resultado del civismo de los pueblos, o de la corrupción de los mismos.

Nuestra historia es por esto una repetición monótona de acontecimientos intrascendentales en general, y la literatura política enfoca una sola actitud: la de vociferar más o menos bellamente contra los tiranos y las dictaduras, en una sinfonía de protestas, en un lirismo de reclamaciones perdidas en el vacío.

Es evidente que debemos a Montalvo esa actitud permanente de rebeldía, dañosa por sus excesos, y que sus obras suscitan la inquietud en nuestro espíritu, mas es deber nuestro complementar en la acción fecunda las palabras apostólicas del Maestro, y no equivocar al dictador con el logrero o la indisciplina con la oposición constructora.

Montalvo repite siempre la queja sobre la incomprendición de su tiempo, y murió en el convencimiento de la inutilidad de su obra de sembrador; y es evidente que si no triunfaba la Revolución del Noventa y Cinco, de la que él fué el creador y el profeta, su fracaso habría sido rotundo; pero si esa revolución salvó el crédito del político, los problemas confrontados no sólo se mantienen en pie, sino que hasta el basamento liberal está hoy en crisis.

De aquí que la celebración del centenario del nacimiento de Montalvo, en esta hora de profunda quiebra ideológica, tiene para el Ecuador el simbolismo de una renovación de propósitos, de un juramento ante el túmulo del Maestro, para consolidar su obra, para que de esta nacionalidad surja un pueblo en la plenitud de su conciencia libertaria.

Y no lo dudamos, sobre la tumba del Maestro han brotado ya las flores rojas que anuncian la proximidad de una nueva era histórica: la del triunfo de las reivindicaciones sociales en el Ecuador.